

¿QUÉ QUIERES MAMÁ?

Álvaro Barros

PRESENTACIÓN

QUE MARIA, LA madre de Cristo, se aparezca a los hombres a lo largo de los siglos y les entregue un mensaje, es posible. ¿Acaso Dios no puede permitir a la Madre de su Hijo que venga a vernos para nuestro bien?

Pero no es sólo un hecho posible. Es un hecho real La Iglesia ha autenticado varias apariciones de la Virgen, en Lourdes, por ejemplo, o en Fátima y en varias otras circunstancias. Nos ha dicho que, efectivamente, la Virgen se ha aparecido a tales o cuales personas, que éstas han dicho la verdad, que las palabras que nos han transmitido como venidas de los labios de Marta han de ser tenidas por tales. Varios de esos videntes —Catalina Labouré, Bernardita Soubirous y otros— han sido canonizados, declarados oficialmente santos. La ciencia misma ha reconocido la autenticidad de las curaciones milagrosas que se manifiestan en Lourdes y, hace algunos años, hecho descubrimientos impresionantes sobre la imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe.

Las apariciones de la Virgen son posibles y, en algunos casos, son reales. Son también deseables. Cada aparición de la Virgen ha sido para hacer el bien. ¿Quién dirá los milagros de curaciones visibles y de conversiones invisibles realizados en Lourdes, en Fátima o en la Capilla de la Medalla Milagrosa por el rezo del Santo Rosario o por el Escapulario del Carmen? ¿Quién no habría de desear que estas apariciones se multiplicaran, que esos mensajes se repitieran en todos los pueblos y en todos los tiempos, para llamarnos a la conversión y a la santidad, para establecer en el mundo el amor y la paz?

Pero no toda pretendida aparición de la Virgen es verdadera. En torno a las grandes realidades surgen siempre las apariencias engañosas, las credulidades ignorantes, las interesadas mentiras. La Iglesia cuida de que lo falsificado no desvirtúe lo auténtico, de que la mentira, el engaño o la ilusión no desfiguren la verdad, y no permite a los fieles dar una fe total a una determinada aparición mientras no se haya asegurado de que esa aparición es verdadera, mientras no haya descartado toda sospecha o toda duda, toda posibilidad de error o de superchería.

Entre las apariciones que Álvaro Barros nos relata, algunas, las principales, son absolutamente auténticas. Los Sumos Pontífices han visitado los santuarios erigidos en los lugares en que se produjeron y millares de peregrinos atestiguan de la fe del pueblo. Guadalupe, La Salette, la Capilla de la Medalla Milagrosa y otras están fuera de toda duda o discusión.

Otras son aún discutidas, aunque no negadas o rechazadas. Aún no tiene la Iglesia certeza absoluta. Cada fiel puede proceder según su conciencia y su inspiración en su piedad privada, pero debe suspenderse el juicio definitivo y evitar todo culto público oficial hasta que la Iglesia se pronuncie. No hemos de olvidar que esa situación de suspenso se dio en Lourdes y se dio en Fátima: la fe y la oración de los que creían ayudó a la autoridad eclesiástica a establecer definitivamente la verdad.

Por sobre todas sus apariciones, sus mensajes y las mismas devociones que ella recomienda está la Virgen Santísima, la Madre del Señor, la Co-redentora, la Medianera, la que, concebida sin pecado, subió en cuerpo y alma al cielo, A ella hemos de recurrir en nuestras mismas dudas acerca de la veracidad de una posible aparición o en nuestra impaciencia cuando la Iglesia demora en pronunciarse. Ella no permitirá jamás que, por amor a ella, fuéramos a extraviarnos. Ella nos dará la paciencia en la hora de la prueba, de la duda o de la espera, la paz y la conformidad si nuestra esperanza quedara frustrada y el gozo en la hora de la certeza. Pruebas, dudas, esperas, frustraciones y certezas, puestas entre sus manos, nos acercarán a Dios.

Álvaro Barros ha escrito estas páginas con sencillez y con amor. El no es un teólogo, ni un erudito. Tampoco pretende ser un literato. Es un laico que tiene un amor muy grande a la Santísima Virgen y una adhesión total a la Santa Iglesia. El está persuadido -y yo también— que María nos esta diciendo algo, nos está pidiendo algo y quiere que la oigamos y que hagamos lo que ella nos pide. Para lograrlo ha escrito este libro Álvaro Barros. La única recompensa que él espera es una sonrisa de la Virgen. Me parece verla sonreírle.

Bernardino Pinera C.
Arzobispo de La Serena

** Esta presentación fue escrita el 26 de julio de 1983, cuando Monseñor Pinera era Arzobispo Electo de La Serena y Secretario General de la Conferencia Episcopal de Chile*